

El hombre se separaba del hombre, es verdad; y nunca, sin embargo, estuvo ménos sólo, porque iba á conversar con Dios. Cada uno toma un camino particular en la soledad; pero la soledad está poblada: todos tienen el mismo compañero y se ocupan en idéntico pensamiento. Si los cuerpos no se ven, los espíritus se tocan: están incomparablemente más cerca que cuando juntos discuten en la plaza pública, sin poder reconciliarse. Separados en apariencia, viven en comun en la misma idea. De este desierto no hay más que un paso al tipo y renovacion de la sociedad moderna, fundada á la vez en el individuo y la asociacion.

En nuestros dias se observa tambien algo parecido: corremos al principio á la sociedad creyendo encontrar un foco de vida en cada uno de sus institutos. Por desgracia, la vida no está donde la buscamos: la pedimos á la Iglesia, y la Iglesia no nos la da; á las Asambleas políticas, y no nos responden; á la familia, y frecuentemente nos deja huérfanos. La ficcion nos envuelve poco á poco. Aspiramos á la verdad, y á nuestra vez encontramos una máscara. Buscamos una ciudad mejor, y bien pronto se abre otra Byzancio con sus sofismas y nos encierra en sus murallas de errores.

¿A dónde huiremos, pues? No se trata de huir al desierto ni de volver á las soledades. Entremos con sinceridad en nosotros mismos. El hombre volverá á encontrar, en estas arenas vivientes, la huella de los pasos del Dios perdido.

---

## CONFERENCIA V.

---

### DE LA CIUDAD DE DIOS Y DE LA CIUDAD DEL HOMBRE.

Relacion de los dogmas cristianos y de las instituciones sociales.—Como la historia universal se deriva de los dogmas.—Como estos son la ciudad de las ideas en la filosofía de la historia.—Los concilios, asambleas constituyentes de la Edad-media.—Porqué la Iglesia y los gobiernos representan el Cristianismo como una Carta y una verdad de ultra-tumba.—Del milagro en el mundo moderno.—Que Cristo se encarna hace diez y ocho siglos en el derecho cristiano.—Después de la pasión en la Edad-media, la resurrección en la era de la Revolución francesa.—La iglesia era la piedra que encerraba al espíritu en el sepulcro.—Porqué el dogma de la fraternidad humana se inscribió tan tarde en el derecho civil y político.—San Agustín, legislador de la Edad-media.—Feudalismo eterno en los cielos, tipo del feudalismo temporal en la tierra.—De los señores soberanos del cielo, de los siervos del infierno.—La organización de la Edad-media existía en idea ántes de ser realizada por los bárbaros.—De la ciudad de Dios.—De la ciudad del hombre.—¿Quién marchará delante de los nuevos bárbaros? ¿No hay ya pueblo de Dios?

Concibo una obra de la que no existe aun una línea, y que consistiría en establecer las relaciones del dogma cristiano con las formas políticas y sociales del mundo moderno.

Algunos han mostrado las relaciones necesarias entre los sistemas de filosofía y las diversas formas de gobierno desde la antigüedad; han establecido una ley de analogía entre la escolástica y el feudalismo, la filosofía de Descartes y la monarquía moderna, el eclecticismo y la Carta de la restauración. Falta ver como cada nueva fase del dogma se ha reflejado en la historia y en la sociedad.

Los pensadores se contentan casi siempre con decir que, no siendo el cristianismo una institución humana, no puede realizarse en las demás instituciones; que tan sólo al aproximarse la revolución francesa ocúpase el hombre en encarnar la ley divina en la ley humana. Por mi parte, pienso que todo lo que decide el dogma se realiza tarde ó temprano en los hechos; que el trabajo del cristianismo en los cuatro primeros siglos es el ideal, el plan, según el cual se desevolvieron los siglos posteriores; creo firmemente que aquel que conociera en sus detalles la formación del dogma, conocería en su espíritu la formación de la historia civil y política. La humanidad moderna está hecha, como la antigua, á imagen de Dios. No hay nada en este ideal supremo que no debamos pretender realizar algún día en las instituciones y las leyes. Vamos á explicarlo por un ejemplo.

Reconocida la divinidad de Jesús por el concilio de Nicea, preséntase una nueva cuestión, y todo el mundo se preocupa de ella en los siglos

cuarto y quinto. ¿Qué problema mantiene á la tierra en suspenso? Os parecerá una sutileza, y sin embargo, el porvenir social de diez siglos está en ella. Preguntad á los diáconos, á los obispos, á los pueblos cristianos de Bizancio, de Calcedonia, á los catecúmenos del desierto, que idea ocupa y turba su espíritu. No es la aproximación de los bárbaros, no; la amenaza de la catástrofe no les desvela; tan absortos están en la necesidad de sacar las últimas consecuencias de la lógica cristiana. Si Jesús es Dios-Hombre, dice el espíritu humano ¿hay en él una doble naturaleza, una doble voluntad, divina una, humana otra? No olvidéis que todo el universo se estremece con el temor de los Bárbaros. Cada día dan estos un nuevo paso: óyense ya sus clamores; y no obstante, la humanidad cristiana no puede apartar su atención de las cuestiones que acaban de suscitarse; rehusa escuchar cualquier otro rumor; pronuncia ántes que nadie, dirigiéndose al mundo esta frase de la convención: «perezca el universo más bien que un principio.» Los Padres escriben en la soledad; los concilios se reúnen al fragor de la tierra quebrantada; al fin, el mundo occidental decide que hay en el Cristo dos voluntades, dos naturalezas, que la primera es de Dios y la segunda de hombre. Ya era tiempo: un momento después los Bárbaros cierran toda discusión.

No carece, creo, de grandeza esa persistencia del espíritu humano en seguir la lógica de

las ideas divinas en medio del trastorno de los Estados. Es preciso presumir que los hombres que, bajo el ariete, se obstinaban en resolver estas cuestiones, presentian al ménos que importancia tendrían en el porvenir. Al principio estais tentados á creer que no han añadido sino un nuevo rasgo, una nueva idea á la figura de Jesus; pero esta idea, encarnándose en la historia, impulsa durante mil años todo el mundo social.

En efecto, tan pronto como el concilio ha reconocido dos naturalezas, dos voluntades en el Dios cristiano, ocurre que el mundo social, formándose segun este plan, se divide en dos voluntades, en dos naturalezas; una divina, la Iglesia, otra humana, el Estado. Hé aquí cambiada profundamente la constitucion de la sociedad por la nueva declaracion que en un principio parecia estéril. ¿Qué es la Edad-media sino la aplicacion social de este dogma? Penetrad en su espíritu; toda la historia civil y política se desarrolla á vuestra vista.

Cesa la antigüedad el dia en que se rompe la unidad del emperador y del pontífice. Surgen del corazon del género humano dos voluntades, dos naturalezas que se convierten en sus móviles. Llámense segun los tiempos, Roma y Constantinopla, la Iglesia y el Estado, el Papa y el Emperador, Leon y Atila, Gregorio VII y Enrique IV, Pio VII y Napoleon. En los primeros siglos se entienden ámbas voluntades, como en la infancia de Cristo; no forman propiamente sino una sola; no

se las distingue. Más tarde desgárrase el alma del género humano como la de Cristo en el jardin de las olivas: es una agonía que dura siglos. El Imperio cae de rodillas en el oncenno ante el Papa de la Edad-media; dice «¡Padre mio, alejad de mí este cáliz!» Pero ¡ay! sólo un momento se separa el cáliz de los lábios del género humano. Aun reaparece hoy mismo; y la division profunda, instituida en el origen, continúa manifestándose todavía en el momento en que hablo, en los asuntos civiles y políticos de todos los pueblos que la han admitido en el principio de su religion.

Estas pocas palabras bastan para mostrar los dogmas bajo un nuevo aspecto. ¿Cómo no sorprenderse de la lógica soberana que establece, en el origen del mundo moderno, cierto número de ideas divinas, que son bien pronto la sustancia y la ley de los acontecimientos y de las revoluciones políticas? Explicase ordinariamente la Edad-media, el feudalismo, por la llegada de los bárbaros: éstos no influyen, sin embargo, sino como causa secundaria: está la verdadera en los dogmas, moldes profundos en que se funden los pueblos nuevos. En tal sentido, los concilios de los cuatro primeros siglos son las Asambleas constituyentes del mundo moderno. Cada una de sus decisiones imprime un movimiento particular á la tierra: parece al principio que no regulan sino una política sagrada; pero sus decisiones divinas tradúcense en la tierra en hechos, en leyes, en formacion de Estados, en sucesion de razas.

Cesad, pues, de buscar en la escuela el plan ideal según el cual se construye la sociedad viviente. La ciudad de las ideas que domina y regula el mundo político y social de los modernos es en sí misma una realidad; vive en los dogmas: hé aquí la verdadera y más alta filosofía de la historia.

Es sin duda muy cómodo para los gobiernos y el clero mostrar siempre en el Evangelio y la Iglesia primitiva un ideal tan sublime que no debe ejercer ninguna influencia en los asuntos terrestres y la política del mundo. En los tiempos modernos, los gefes del Estado político y de la Iglesia se habian entendido para decir, por mil bocas, á los pueblos: «el Evangelio es un excelente libro, una obra divina. Se realizará cuando murais: ántes de esto, hareis mal en exigir de nosotros que hagamos entrar sus doctrinas en nuestra política; hojeadlo, pensando en la tumba que está cerca de vosotros. Entre tanto, no entorpezcais con esta santa utopia á los hombres que rigen el mundo.»

¡Por espacio de cuanto tiempo no han puesto las muchedumbres todas sus esperanzas en el juicio final, que se demoraba de siglo en siglo; Leían con paciencia el libro de las promesas, pensando que quizás ántes de que la página se volviese, la muerte iba á realizar lo que rehusaba la vida. Pero la muerte no ha venido tan pronto como se esperaba; y en este intervalo, apesar de los hombres que lo creían imposible, el dogma cristiano descendía poco á poco en la polí-

tica universal. La humanidad estupefacta ha acabado por reconocer que Cristo se encarna de siglo en siglo en la historia. Ahora, lo que se realizaba sin que nadie tuviese conciencia de ello, debe cumplirse en adelante con el concurso y la libertad del género humano: tal es el signo y el carácter de la época en que entramos. Los pueblos no se contentan con oír el Evangelio, como un murmullo precursor de la ciudad de los muertos: quieren realizarlo conscientemente en la vida social. Han comprendido que de todas las religiones de la tierra, no debe el cristianismo ser la única que permanezca siempre en estado de utopia. Trabajan silenciosamente y sin tregua en acercar la sociedad á su ideal, camino completamente nuevo en que sólo Dios sabe donde se detendrán.

¡Cómo! el paganismo realizó todas sus promesas; acabó por hacer á los hombres de Roma, de Atenas semejantes á sus dioses; fundó en la tierra una sociedad regida por las mismas leyes, las mismas formas que la sociedad del Olympo; puso la corona de Cibeles en la frente de las reinas, de Cleopatra, de Semiramis; se resumió en esencia en un Código pagano; no se detuvo, sino al terminar su obra: y el cristianismo, por el contrario, reducido á ser una utopia, una quimera eterna para los vivos, no llegaría á ser una realidad sino para los muertos! ¡Confesaría su impotencia para hacer entrar su levadura de justicia, de verdad en las

cosas, en las instituciones humanas! ¡No podría establecer un derecho cristiano!

No, no debe ser así. Puesto que ha principiado, es forzoso que concluya, El derecho ideal, la legislación sagrada que envuelve en los repliegues de la letra, todo lo que contiene de espíritu, de vida, debe tarde ó temprano, bajo una forma ú otra, penetrar en las legislaciones positivas. El mundo no descansará hasta que lo consiga. Cierto que esta es una tarea inmensa para los nuevos gobiernos, pero también sería muy cómodo para ellos no otorgar nunca sino derechos, justicia, una Carta, una verdad de ultratumba. Ni se engañará ya ni se entretendrá al género humano con una ordenanza, una bula, con la cual haya de alimentarse por espacio de siglos. Le habeis nutrido durante mil ochocientos años con el ideal de otra sociedad: es muy tarde para estirpar este ideal del fondo de su alma. No suspenderá su curso ninguna ley, ninguna pena. Le habeis mostrado una ley de emancipación, y quiere practicarla: le habeis enseñado un abismo de justicia, y quiere sumirse en él ántes de morir. ¿Quién lo impedirá? ¿Acaso la Iglesia?

¿Porqué, pues, aconsejarnos siempre esperar la realización del cristianismo en la tumba? Se tiene miedo de desheredar á los muertos? ¿Porqué aguardar? Los días son largos, cuando trascurren en el error.

Parece que descansando en gran parte el

Evangelio y la Iglesia primitiva en el milagro, era imposible que esta idea reapareciese y se realizase en la sociedad moderna; no obstante, ha podido producirse en ella, puesto que es lícito afirmar que la sociedad descansa en el sentimiento de la omnipotencia del espíritu, enfrente de la naturaleza. Si un pagano resucitase entre nosotros, no es dudoso que nuestro mundo entero, nuestra historia, nuestra ciencia, nuestra vida le parecerían un milagro continuo. La Iglesia ha cesado de operar milagros, pero la humanidad, y Francia en particular, los han hecho en su lugar; es decir, han creído que el sentimiento y la voluntad podían mandar á la naturaleza desencadenada.

Hace hoy justamente un año que pasé delante del puerto de Palos, de donde partió Cristóbal Colon. Seguid conmigo con la vista ese punto negro que avanza en el Océano. Traza una línea recta, inflexible; no se rige ni por la tierra ni por el cielo; obedece al pensamiento de un hombre, y este hombre ve anticipadamente en el fondo de su espíritu la ribera desconocida que le espera. Sin desviarse, la atormenta por el camino más corto, con la regularidad de un planeta. Ningun hombre de la antigüedad pagana hubiera tenido esta fé tranquila en la potencia del espíritu. ¿Qué es esto? ¿Qué universo es ese que á la evocación de un creyente surge del fondo de la creación? ¿No puede ser puesto este hecho al lado de más de

un prodigio de la leyenda? ¡Cuántos milagros que la tierra no conoce! Estamos rodeados de maravillas que trasforman en torno nuestro el mundo material, y todas proceden de un momento, mejor dicho, de un acto de fé en la omnipotencia del alma sobre el mundo. En el órden moral, cuantos pueblos enfermos, hace un siglo, han abandonado el lecho á esta sola palabra, libertad! ¡Durante cuantos años de Revolution no se mantuvieron Francia y los ejércitos con cinco panes que multiplicaban el entusiasmo y la religion de la buena causa! No ha pasado el tiempo de los milagros, aunque no se consumen en el seno de la Iglesia. Si hay pueblos muertos, el mundo no tendrá que aguardar á los últimos dias del Apocalipsis para verlos renacer.

Así, la sociedad cristiana se realiza en el mundo desde que el Evangelio apareció. Al principio, sólo nos sorprende un fenómeno, y es que la idea que parecía deber brillar ántes que las demás, la de igualdad, la de fraternidad, sea por el contrario la última en penetrar en la vida social. Los dogmas abstractos son ley del mundo, y el sentimiento que más se adhiere al corazón del hombre queda encerrado en los libros santos, sin aplicacion alguna. Cuando por vez primera brilla en el Evangelio el dogma de la fraternidad, os decis involuntariamente que los pueblos van á exhalar un grito de alegría; que los esclavos, los manumitidos, la inmensa plebe del mundo an-

tíguo, ván por comun acuerdo á erguir la cabeza, reclamando sin perder momento que la servidumbre cese, que la emancipacion divina sea una verdad: creéis que por sí mismos van á arrojar su fardo y á ocupar en la ciudad el rango que les concede la ley suprema; pero léjos de esto, la palabra mágica de igualdad, de fraternidad, no parece ser entendida de los pueblos; la repiten maquinalmente sin comprenderla, sin darle fé. No se le ocurre á nadie la idea de que las franquicias del Evangelio puedan tomar carta de naturaleza en el derecho positivo. El esclavo convertido en siervo se cree bastante dichoso. En ese instante de sorpresa de la antigüedad, ninguna conmocion, ningun esfuerzo de parte de la multitud para borrar los estigmas de la desigualdad social. A principios del siglo VII, los habitantes de las costas de Italia venden sus hijos para pagar los impuestos. Causa asombro y espanto ver cuantos siglos son necesarios para que el hombre se separe de la gleba, y empiece á persuadirse de que lo escrito en el libro puede escribirse en la vida.

Aguardando de la consumacion de los siglos, toda la Edad-media se acuesta en el sepulcro; espera la trompeta del Angel. Algunas veces, sin duda, en este lapso de tiempo, hay horas luminosas en el momento de la emancipacion de los municipios, del renacimiento, de la reforma, en las cuales el hombre se despierta sobresaltado y se estremece: ha sentido que lleva en su alma el

mundo del Evangelio, y que bajo el Sol, en la tierra, puede establecer el reinado de la justicia. Pero esos fulgores rápidos se desvanecen, bien pronto la Iglesia le desengaña de su utopia. El Cristianismo queda, pues, sepultado en las tumbas hasta la hora de la Revolucion francesa, en que puede decirse que resucita, que toma un cuerpo, que se deja, por vez primera, tocar, palpar por las manos de los incrédulos en las instituciones y en el derecho viviente. Salido del sepulcro, el Cristianismo que aparece en la vida social lleva aun las señales de los clavos y de la cruz de la Edad-media; poned el dedo en la llaga abierta por la lanza de las épocas de opresion y de guerra, y en esta marca podeis reconocerle. Los pueblos, llamándose hermanos, empiezan á ver, como los discípulos de Emaús, que el Espíritu se sienta entre ellos, á la mesa de los vivos. ¡Cosa pasmosa! cuándo la revolucion francesa se encuentra en las leyes, frente á frente con ese gran Cristo emancipador, se aparta de la Iglesia que en pocos años se quebranta por su propio esfuerzo. La Iglesia habia llegado á ser la piedra que encerraba el espíritu en el sepulcro. Era necesario que esta piedra fuese separada por un momento: el ángel de Francia la levanta; el espíritu se manifiesta.

Apesar de todo, el cristianismo no hubiese tardado tanto tiempo en brillar en las revoluciones políticas, sin un dogma del que nada he hablado todavia: me refiero á la *predestina-*

*cion*. Cuando los cuatro primeros siglos dieron por acabada su obra, concluyendo de determinar la idea del Dios cristiano, el hombre terminó, en medio de esta sublimidad continua, por recaer en sí mismo y preguntarse lo que era, lo que podia, lo que venia á ser en esta revolucion de la vida divina. Con esa lógica extraordinaria de que hablaba más arriba, los concilios que no habian tratado sino de Dios en los cuatro primeros siglos sólo se ocupan en el hombre durante el quinto. Lo que á este inquietaba era su libertad moral: ¿la habia salvado ó perdido? He aquí lo que queria saber ántes de cerrar la discusion que duraba ya quinientos años.

San Agustin fué quien contestó á esta pregunta. Sabeis cómo rehusa la libertad al hombre, cómo establece una desigualdad irremediable en Dios mismo, cómo impone á unos la fatalidad del cielo y á otros la fatalidad y la gleba del infierno, llegando á decir que para los últimos la oracion misma se trueca en crimen; cómo, en una palabra, funda en el dogma una especie de feudalismo eterno de señores soberanos de la vida y siervos señoriales de la muerte. Este gran doctor fué verdaderamente el legislador de la vida social de la Edad-media. Antes de que los jefes bárbaros llegaran y la conquista encorbase á nadie hácia el terruño, instituye en Dios todas las desigualdades sociales que aparecerán despues marcadas con el sello sagrado; establece al pie de Cristo dos

condiciones eterna é irrevocablemente distantes entre sí en toda la extension de los cielos, sin que el mérito sirva para nada; reconoce, sanciona la desigualdad de Jacob y de Esaú. Ya pueden venir los bárbaros. Su único trabajo se reduce á realizar esa sociedad ideal que el gran doctor hace gravitar sobre su espíritu: los vencedores, los recién-venidos arrebataran por sorpresa el derecho de primogenitura á los pueblos antiguos. En este feudalismo divino se modelará el feudalismo civil y político que todos conocemos.

Así se comprende la larga paciencia del mundo bajo el yugo de la desigualdad de condiciones. Puesto que hay desigualdad en el cielo, ¿cómo no la habría en la tierra? ¿Porqué unos no estaran inmutablemente predestinados á gozar de la vida presente, puesto que otros estaran inmutablemente predestinados á gozar de la vida futura? ¿Á qué pretender quebrantar los torreones, los castillos? Descansan sin duda en la roca inmutable de la voluntad divina. Algunos, sin méritos propios, por la voluntad de Dios, ocupan el trono invisible. ¿Porqué otros tambien, sin hacer nada, no han de ocupar por derecho divino los tronos visibles? Un corto número de elegidos en el cielo: un corto número de elegidos en la tierra. No dudeis de que estas ideas se hayan asociado frecuentemente en los espíritus, y que no sea esta una de las razones porque el principio de la desigualdad social ha persistido por tanto tiempo sin contradiccion,

aun en medio de las revoluciones religiosas.

San Agustin, representando el antiguo espíritu romano, cierra la libre discusion de las ideas; funda la autoridad; sella con triple sello el gran libro de los Padres de la Iglesia ¡Solemne hora! El trabajo del dogma está acabado mucho tiempo ha. Todo lo que el espíritu tenia que hacer está consumado por siglos; todo está escrito, resuelto como el testamento de una época que va á morir: el ideal está trazado: es preciso para realizarlo que se quebrante el mundo de accion. En efecto, apenas deja San Agustin la pluma, los bárbaros llaman á la puerta; levantado el plano de la sociedad futura, vienen á construirla.

Al ver á esos obreros extraños que comienzan por derribarlo todo, el mundo antiguo prorrumpe en un grito: *es la falta de los cristianos*, dicen; ¡los antiguos Dioses se vengan! En este último momento del mundo que se derrumba, San Agustin, como casi todos los demás Padres de la Iglesia latina, tiene necesidad de fortalecer su espíritu. La gran Roma de la antigüedad que parecia inespugnable, ha sido tomada y saqueada. ¿Porqué? Explicase fácilmente esta condenacion de la vieja sociedad por los errores y crímenes del paganismo: pero San Agustin no se satisface con dicha razon; quiere que el mundo se regocije de esta ruina; en vez de la ciudad derruida edificada por los hombres, muestra otra ciudad del alma que crece en el mundo invisible. ¡Diré lo que

más me sorprende en ese consuelo que San Agustín prodiga á la tierra? Pues es que no se entreve en él el menor presentimiento de las cosas y siglos futuros. El hijo de Mónica no imagina siquiera que esa ciudad de los espíritus podría construirse en los siglos que iban á sucederse. Admite que la ciudad de Dios fué edificada en la tierra por el pueblo hebreo, y que despues de este, convirtiósese en un abismo en que nada sobrenada; no descubre esa sociedad de los santos, de los doctores que le tienden los brazos desde el fondo de la Edad-media; no encuentra palabras para contestar anticipadamente á los himnos y á los cánticos que se preparan en el porvenir, bajo los arcos de las Catedrales, hundidas aun en las entrañas de las rocas. No ve á lo léjos esa Iglesia visible que se eleva y se realiza en el alma del género humano. Todo esto lo busca, lo espera en la sola comunión de los muertos; y al fragor de la ciudad que los bárbaros derriban, no dice, no piensa, no espera que otra cualquiera pueda construirse aquí, según el plan de la ciudad de Dios.

Nosotros, nosotros tambien vivimos en tiempos en que se dice que nuevos Bárbaros amenazan á la vieja sociedad. Hélos, se dice, ya en los umbrales, piden entrar. Sabeis que se denomina así á las muchedumbres iliteratas, desnudas, miserables, que han conservado en efecto la sávia de la barbarie y que constituyen casi todo el género humano. Nos asedian ya de todos los la-

dos por el hambre, por el dolor, por todas las necesidades del cuerpo y las del alma. La invasión se acerca. ¿Qué haremos? ¿Quién se pondrá enfrente de los nuevos bárbaros, como un nuevo San Leon?

¿Diremos que el mundo vá á acabarse? No; diremos que vá á empezar una época nueva, que ántes de que nos sorprendan los que llaman á la puerta, es menester preparar un nuevo espíritu, abrir el libro sellado de las grandes discusiones, trabajar todavía en la perfección del Cristianismo. ¿Esperaremos tranquilamente, cruzados de brazos, el juicio final? Pero ya ha empezado, ya ha sonado la trompeta. Todo lo que pertenece al mundo antiguo está juzgado: se borra, desaparece, pasa como una sombra en el momento en que cree recobrar su existencia. ¿Diremos aún á los nuevos bárbaros que hay dos ciudades inconciliables, que les abandonaremos una y nos guardaremos la otra? Pero esta división es precisamente lo que ha traído las cosas al estado en que hoy se encuentran.

Cuando la ciudad terrestre no era más que la ciudad del hombre, era muy estrecha: la violencia, apoderándose de ella, se enseñoreaba como soberana, y la mayor parte necesitaba acampar léjos de su recinto, fuera del derecho, en los desiertos sin nombre. ¿Qué falta hacer por lo tanto? Hélo aquí: Establecer la tregua entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre, reunir las ámbas en el mismo principio, ensanchar la se-

gunda enarbolando en ella la ley y el derecho de la primera; y ¿qué es esto sino reconocer que también en esta vida podemos construir una casa de justicia, de verdad, de libertad, bastante grande para albergarnos á todos?

¿Nó sentís en vosotros mismos, en momentos proféticos, arrebatos de esperanza como si os apoderaseis de algo palpable? No son vanas quimeras; tarde ó temprano tomarán un cuerpo. Instinto precursor del nuevo derecho son el grito ahogado de los siglos futuros que harán lo que nosotros nos contentamos con decir. Roma pagana, con sus circos, es durante la Edad-media la ciudad santa, la ciudad de Dios. Es forzoso extender esta por todo el universo; es forzoso que se levante donde quiera que el hombre habite.

Oyendo el lenguaje actual de la Iglesia, se diría que pretender realizar en parte, en esta vida, el cristianismo en las instituciones, es defraudar y despojar á los muertos. ¡Cómo si se corriera riesgo de empobrecer á la tumba usando ya aquí del dinero del Evangelio! ¡Cómo si fuera necesario empuqueñecer la tierra para ensanchar el cielo! ¿Qué quitáis á vuestra inmortalidad empezando á vivir desde el día en que habeis nacido? ¿Se teme abreviar la eternidad, haciendo datar desde este instante la era de vida? No absorberemos nunca hasta tal punto en la sociedad visible la eterna justicia, que no quede de esta lo bastante para alimentar eter-

namente á los muertos. Fundar aquí una ley viviente en que estos puedan reconocer el mismo soplo que los sostiene más allá del sepulcro, es romper nuestra comunión con ellos? Yo estimaba, por el contrario, que era realizarla.

San Agustín y después de él Bossuet, reconocen que la ciudad de Dios fué edificada en el mundo por el pueblo hebreo; admiten aun que siguió ensachándose visiblemente con los primeros pueblos cristianos: pero desde este momento, extiéndese el silencio sobre ella, no se la vuelve á mencionar, parece que se ha hundido y está oculta bajo las zarzas. Nuestra misión y la de los hombres que nos sucedan será mostrar que el pueblo de Dios no estuvo todo sólo en Judea, que vive también entre nosotros; que la ciudad de Dios no está en ruinas, que continúa creciendo en medio de nosotros y por nosotros, amasada con nuestra sangre, nuestros sudores, frecuentemente con nuestras lágrimas.